

Volumen XIX.—Agosto 1.º de 1924.—Número 187.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXXIV

CONTENIDO

Los gramáticos y la gramática.—Discurso de don Luis María Mora en su recepción en la Academia Colombiana de la Lengua el día 6 de julio de 1924.

Discurso del doctor José Joaquín Casas.

Alocución del Director de la Academia

Un Robinson novísimo.....

El día en el colegio.....

R. M. C.

FRANCISCO M. RENJIFO,

MONSEÑOR BAUNARD.

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Agosto 1.º de 1924

LOS GRAMATICOS Y LA GRAMATICA

DISCURSO DE DON LUIS MARIA MORA EN SU RECEPCION EN LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA EL DIA 6 DE JULIO DE 1924

Señores académicos:

Cuando pienso en que sólo a un espontáneo acto de vosotros debo el derecho de alzar mi tímida voz en esta ilustre Academia, crece tanto mi agradecimiento como mi desconcierto, porque empujado por extraño móvil recorro la lista de los eximios varones que han ocupado un sillón en este Instituto, y observo que a más del precioso ornato de las letras los engrandecen y exaltan otras muchas y excelentes prendas. Unos han trabajado con lujo de ciencia por imprimir en el espíritu de la juventud, con diamantinos caracteres, los grandes principios del derecho y la justicia; otros con el escalpelo del sabio en la mano han ahondado sin descanso en los misterios de la vida y de la muerte; quienes han ejercido dignamente los más ambicionados puestos de la Nación; quienes han ascendido a las Cámaras legislativas tras la ruidosa aclamación de sus conciudadanos. El mismo Director de esta Academia

es el primero en la elocuencia sagrada, y son ya muchos los que han cubierto su pecho con la banda tricolor de la República.

Vosotros que me conocéis bien sabéis que ninguno de estos codiciados honores puedo alegar en mi favor, y que quizás el haber servido, sólo a trechos, en muy modestos puestos públicos, y el haber terciado muy pocas veces en los debates políticos,—y eso siempre para mi propio escarmiento,—son inestimables y singulares beneficios que del cielo he recibido, y merced a ellos he logrado dirigir algunas veces mis débiles esfuerzos mentales a las letras y a la filosofía, en atareados ocios; y si en estas disciplinas no he podido adquirir renombre, culpa ha sido del poco vigor de mi entendimiento.

El ilustre humanista cuya muerte lamenta esta augusta Academia, y cuyo sillón me habéis designado, sin merecerlo, fue un hombre de tan señaladas condiciones de espíritu y de corazón, y de tan especial y definido carácter, que su silueta física y moral no se confunde, ni podrá confundirse jamás, con otra alguna. Propio fue su modo de ver y de sentir las cosas, propia la manera de hacer visibles sus conceptos, propio el culto de su patriotismo y absolutamente propias sus inocentes excentricidades. A una modestia sin medida unía los más profundos y variados conocimientos; a un criterio filosófico lúcido y vigoroso como ninguno seguía una gran ojeriza a las lucubraciones filosóficas, y a un estudio profundo de las letras castellanas se añadía una positiva dificultad para expresar de improviso sus conceptos.

No sé qué de innato y recóndito ha habido en todos estos viejos Guzmanes; pero ello es que atraen y seducen de un modo irresistible, a más de la sencillez de su vida, por el encanto de su amistad, para

ellos una religión, por su intenso amor a las disciplinas gramaticales y por las rarezas personalísimas de su trato y costumbres. Aún nos parece ver a un hombre alto y corpulento, de rostro ancho y frente angosta, que de repente en una esquina de esta ciudad alza su formidable brazo derecho, con la mano extendida, y no sin asombro de todos grita con voz estentórea, a la aproximación del tranvía: *stop here*. Es don César de Guzmán, hermano de don Diego, incansable trabajador por la instrucción pública, a quien se debe el mejor compendio para la enseñanza de Bello, amén de muchas otras obras didácticas.

Desde niño don Diego Rafael de Guzmán se dio con tanto ahinco a la lectura de los clásicos castellanos y adquirió tan sustanciosa erudición en esta materia, que apenas un adolescente le hubiera sido difícil encontrar émulo alguno; pero a pesar del volumen enorme de sus conocimientos en lo tocante a nuestra lengua, no desfalleció un instante su constancia para el estudio, sino que redoblaba sus investigaciones literarias y capitalizaba su sabiduría a medida que aumentaban sus años. Tuvo la fortuna de pertenecer al cenáculo de los grandes cultivadores de la lengua de Castilla, a la época heroica de las letras colombianas, y en un don Rufino José Cuervo, un don Miguel Antonio Caro, un don Santiago Pérez halló segurísimos maestros para su invencible inclinación a las humanidades. Don Antonio Gómez Restrepo llama al señor Guzmán *archivo del castizo decir* y don José Joaquín Casas *paladín armado de todas armas pronto a entrar en liza por el honor e integridad de la lengua castellana*.

Como no era posible quedara oculto tan rico y precioso tesoro de vocablos y giros genuinamente vernáculos como los que él había acumulado en sus largas lecturas, publicó en sus mocedades dos novelas,

Resignación y *La cruz de mayo*. Son en realidad novelas pastoriles, lejana descendencia de la *Diana* de Jorge de Montemayor, las cuales desde fines del siglo XVI se introdujeron en España. Tal vez no de otra manera procedió don Juan Valera cuando en *Pepita Jiménez* aprovechó—no juzgo las intenciones—el admirable venero del divino lenguaje de los místicos del siglo de oro, ni fue tampoco extraño a esta manera de doctos y forzudos ejercicios don Juan Montalvo, en los capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

La aparición de aquellas novelas causó cierta sorpresa, no sin motivo; y es que por entonces quizás no se comprendía que esta clase de producciones era mera reconstrucción de un género ya olvidado y extinguido. Trabajo nos cuesta imaginarnos que la acción de estas novelas tiene por escenario algún rincón de nuestra tierra; y si a los personajes de ellas les vistiésemos el traje de unos palaciegos a usanza de los de Luis XIV, nada tendríamos que echar de menos en sus cultísimos diálogos de perfecta factura cortesana. El enredo y el desenlace son muy sencillos y poco el análisis psicológico; pero a menudo tropezamos con hermosas y brillantes descripciones de la naturaleza. La riqueza del lenguaje es sorprendente, y más sorprendente aún el arte y oportunidad con que siembra aquí y allá sus expresivos y pintorescos modismos.

Tres discursos hallamos en la *Selección literaria* del señor Guzmán: *Importancia del espíritu español en las letras colombianas*, *De la educación mental* y *De la novela*. El señor Guzmán miraba el espíritu español como signo y cifra de la nueva raza y de la nueva sociedad en nuestro suelo, y si bien consideraba que había depuesto algo de su brío y entereza en el continente americano, creía que a favor de la religión el conquistador se había hecho menos cruel y el colono

menos injusto. El espíritu español fue el que produjo nuestra emancipación política, según el señor Guzmán, porque fe patriótica y amor a la libertad son cualidades que distinguen tanto al español como al americano, y en conclusión, todas las más bellas prendas de la raza están contenidas en un solo código: las letras castellanas, y fuera de ellas no habrá educación posible para Colombia. Puede decirse que España es una obsesión para el señor Guzmán: las homéricas batallas del León de Apure, por ejemplo, le recuerdan al punto las hazañas españolas del paso de Orbigo, las de don Alfonso el Casto, las de Alvar Fáñez, las de Rodrigo de Vivar y las de Hernando del Pulgar; y si glorifica la Independencia es con la exclusiva condición de que sólo al espíritu español se atribuya su grandeza.

La educación mental puede resumirse en estas palabras del señor Guzmán: «El alma que vacila abrumada por la negación o extraviada por la duda, mal podrá atinar por el abierto camino de la educación mental.» Distingue con mucha exactitud la educación técnica de la clásica y el exclusivismo profesional de la educación formal, y como base de todo el edificio educativo coloca los estudios literarios.

En su muy erudito discurso sobre el origen y desenvolvimiento de la novela, marca con mucho vigor, claridad y saber sus diversas etapas, y en su *Carta madrileña*, escrita aquí, habla del teatro español con tal propiedad, llaneza y maestría, que con él nos trasladamos a Madrid (1880), y vemos desfilar a los autores contemporáneos con sus últimas producciones, en las cuales escenas y personajes se presentan ante nuestros ojos con su propia vida y sus propios caracteres.

Lo más ameno y gustoso de sus trabajos son sus elegantes y originales *Memorias académicas*, cuyo estilo y lenguaje distan mucho del lenguaje y estilo de

sus creaciones novelescas. Hay entre uno y otro la distancia que media entre Hurtado de Mendoza y Jovellanos. No deja aún el señor Guzmán de emplear algunos arcaísmos, pero es que estos petrificados vocablos lo son únicamente para nosotros, no para él, para quien la lengua castellana no tenía pasado, sino que vivía íntegra, sin solución de continuidad, en un luminoso y perpetuo presente. A su severo tribunal el señor Guzmán hace comparecer a los académicos que aún existen y a los que han muerto; pronuncia a su desaparición el elogio de sus virtudes; dicta el grave juicio sobre sus obras, siempre justo y atinado, y si a los que se van para no volver los despide con armoniosas frases elegíacas, a los que ingresan en el docto Instituto los recibe con frases de triunfo. La Academia Colombiana es para el señor Guzmán una familia: a unos los trata como a padres, a otros como a hermanos, y entre los de ayer y los de hoy no hay sino mera diferencia de eslabones entre una simple y apretadísima cadena.

Pero en punto al lenguaje su tarea principal, su más notable sacerdocio consistió en su labor docente. Como cincuenta años duró leyendo humanidades en el Colegio del Rosario. Fue a intervalos catedrático de lengua latina, de retórica y de historia de la literatura española. Con todo, en donde hablaba ex-cátedra era en su elevado solio de profesor de la lengua castellana. Allí no tenía superiores ni conoció rivales. Ni una duda, ni una vacilación. La doctrina de Bello se le había convertido en su propia medula espiritual, a virtud de una asimilación constante, y si no estaba de acuerdo con el príncipe de las letras americanas en algunos pormenores, juzgaba que su sistema y criterio gramaticales eran un monumento de sabiduría y sagacidad científicas. El método que empleaba en sus conferen-

cias era el *heurístico*, y acosado el discípulo por una serie de inteligentes y ordenadas preguntas, lo hacía descubrir por sí mismo la ley gramatical que trataba de infundirle. Año por año dictaba en la cátedra de castellano admirables apuntes, claro compendio de los principios de Bello, o eruditas aclaraciones de ellos, y si se hubiera propuesto coleccionarlos, tendríamos un guía más para tan prolijo y difícil estudio.

Tal es, a grandes rasgos, la tarea literaria y docente del señor Guzmán. Es tan modesta como sólida, y en ella vale mucho más lo que el maestro quiso sugerirnos que lo que se deja ver; y en comparando sus auténticos méritos con los muy exigüos míos, no puedo menos de apreciar la inmensa desproporción que existe entre el sabio profesor que todavía lloramos y el indocto discípulo que aquí viene a reemplazarlo por obra de vuestra condescendencia:

Por todo lo que habéis oído, señores académicos, podéis colegir con claridad que don Diego Rafael de Guzmán fue un gramático, en el estricto significado de esta palabra, y no os admiréis de que la profiera sin temor. La injusticia es señora del mundo, y hay prejuicios que no se pueden arrancar con facilidad del ánimo de los hombres, ni aun tratándose de los doctos, a quienes les es más fácil rectificar viejos errores; y no sólo la humanidad suele ser cruel en demasía con ciertas profesiones, sino que con frecuencia llega a mirar con inexplicable indiferencia a los que ejercen difíciles artes dignas de elogio, gratitud y estima.

El mismo Horacio se pronunciaba ya contra los gramáticos de su tiempo, a quienes extendía sin duda el no disimulado rencor que desde niño guardaba en su corazón contra su maestro de primeras letras—*plagosum Orbilium*—quien hacía resonar la escuela con sus azotes:

*Non ego nobilium scriptorum auditor et ultor
Gramaticas ambire tribus et pulpila dignor.*

Y lo más singular es, señores académicos, que cada gramático en su tiempo llama con desdén gramáticos a los que le precedieron, y a su vez sus sucesores lo llaman con idéntico desdén gramático a él. Es cierto que Horacio era un innovador y que sin duda se vio censurado por los gramatiquillos de Roma, a causa de la osada introducción de los metros pindáricos y las formas de Safo y Alceo; pero Horacio mismo fue un gramático, y un retórico, según el concepto que tenemos hoy de estas artes, y en su epístola a los Pisones nos dejó un diáfano código de elegancia y buen gusto, no obstante que con las famosas tres unidades inviolables detuvo muchas veces el vuelo triunfal de grandes poetas dramáticos. Sería alarde vano y estéril el de citar siquiera a los más encumbrados poetas y escritores que han zaherido a los gramáticos y a la gramática; ¿pero no será posible una defensa de éstos? El pleito es viejo y largo, y juzgo que al defensor de una causa le es permitido echar mano de argumentos antiguos y modernos, en favor de su cliente, y como deseo tomar a mi cargo la defensa del gramático, para ello pido la aprobación de esta doctísima Academia.

¿Queréis saber cuál es el primer gramático? Es tan antiguo como el hombre, su fiel y lejanísimo contemporáneo; y si alguno de mis oyentes no ha adivinado esta preciosa y providencial criatura, es porque acaso no es filósofo, ni le gusta ejercer de pedagogo, ni ha querido ser testigo y parte de muchas encantadoras escenas. Penetrad en puntillas a la estancia que en todo hogar está menos expuesta a indiscretas miradas; levantad con el índice y el pulgar las trémulas y niveas cortinas que la recatan y embellecen, y en-

contraréis a tan sutil y cariñoso maestro: la madre arrullando al niño. No vais a creer que el arrullo es un mero tarareo que nada dice, es un lenguaje, el más expresivo de todos, es un canto sin sonidos articulados que llega a lo más profundo del alma, es un idioma sin igual, el único que entiende el niño. Este recién venido, este diminuto huésped de honor cuyo porvenir, para honda zozobra de sus progenitores, vela impenetrable misterio, no tiene para comunicarse con el mundo exterior más que la vista, débil en sumo grado, y el oído, más despierto, a cuyo influjo llegan a su espíritu los primeros murmullos de las cosas. El arrullo, tan propio del ser racional, parece como que también lo disfrutaran los animales, o así poéticamente nos lo imaginamos, cuando las ovejas en su apasible ramoneo balan al corderillo que brinca y juega a su lado, o cuando ciertas aves interrumpen el silencio de la noche para agasajar con inimitable quejido a sus polluelos. La única diferencia, y por cierto muy grande, es que en los animales los coloquios inarticulados de la hembra con la cría son el sólo modo de lenguaje que alcanzan, y los tiernos arrullos de la madre son la primera etapa del lenguaje, inseparable compañero de la inteligencia.

Y aquí, abriendo un paréntesis, tenemos que sacar uno a manera de sencillo corolario de lo que acabamos de decir, y es que el arrullo, hijo de la naturaleza y como la naturaleza sabio, aparece ante la cuna, en el primer aliento de la vida, para enseñarnos el gran poder educador de la música, la cual, en el lenguaje simbólico de los mitos es Orfeo, que con su lira detenía el precipitado curso de las aguas y atraía a las fieras con sus sonos; y se nos advierte además con esto que los más rebeldes caracteres ceden a su magia y quedan como sometidos a su dulcísimo yugo. En las

viejas pinturas de las catacumbas también se suele representar en Orfeo al divino Maestro, a cuya inefable palabra, música nunca oída, se agrupaban en su derredor las ovejas descarriadas que El iba buscando y atrayendo por todos los caminos y senderos.

Pero el risueño gramático, que dije, no detiene aquí no más sus lecciones sino que continúa más adelante, y emplea una nueva serie de signos, no menos poderosos, para hacerse entender del pequeño discípulo a quien acaricia y mece con suave y rítmico compás entre sus brazos. Si la línea de la estatua en mármol de Carrara, realizada por el claroscuro que la rodea, es la indecible palabra del escultor; si el pintor busca palabras en su paleta, y el arquitecto expresa sus palabras en las formas de su arte simbólica, la madre, insuperable maestro, tiene a su disposición otro léxico de incomparable viveza: los labios que o se entreabren o se contraen o se alargan con rápidos y a veces imperceptibles movimientos produciendo sonidos variadísimos de indecible dulzura; la cabeza que ya se inclina o se levanta y echa atrás, o se menea de izquierda a derecha con solícita inquietud; los brazos, las manos, los ojos, ventanas del alma, constituyen el alfabeto del niño, y en suma, todas las actitudes de la madre y la escala infinita de las caprichosas modulaciones de su voz, son las vivas palabras con que el primer gramático habla al primer discípulo en la cuna. Estas dulces e interminables confidencias de amor, no comprendidas por los extraños, forman, en tratándose del habla, las inimitables lecciones que la naturaleza dicta con sorprendente maestría, y en este su misterioso taller es en donde se van elaborando los materiales de nuestras ideas. La percepción, pues, y la simpatía han bastado al niño para entender con claridad este lenguaje que no pro-

nuncia todavía, pero que, por decirlo así, presiente y adivina.

La madre dispone, además, para la enseñanza intuitiva de su lengua, de una ilimitada clase de objetos y de seres con que el padre de las cosas le ayuda en su diaria tarea: las aves familiares que llaman al oído del niño con un variado diapasón de melifluos tonos; el agua del surtidor que le habla con argentino acento de la selva encantada donde tuvo su origen; el perro, inseparable amigo del hombre, que le dice de su idioma de amigo, y hasta el epicúreo filósofo de la casa que se regodea en el muelle sofá y atrae la atención del niño con su perezoso ron-ron.

Un día—grande acontecimiento en la efímera vida de un hombre—el niño suelta su primer palabra, con súbito asombro de sus padres, que ante tan débil criatura se estremecen de amor y felicidad; es que de un salto prodigioso ha pasado del simple lenguaje de los animales al noble lenguaje del sér racional. En ese día puede decirse que empieza un hombre y que empieza para él el fecundo poder social de la palabra; y si es verdad que algunos animales llegan hasta la palabra articulada, los vocablos que articulan no son representación de conceptos mentales. Dos luminosas vías se abren entonces para la formación del hechicero y casi incomprensible idioma infantil, siempre bajo la ayuda e instintiva dirección de la maternal providencia: la imitación y la analogía. Por la primera repite hasta donde es posible, dada aún la torpeza de su lengua, una a una las palabras que escucha de su maestra, en cuanto nombres de personas y cosas, y por la segunda altera los vocablos que ha oído y lucha, presa del instinto, por la formación de nuevas, primorosas e imperfectas palabras que le sirven para la expresión de los informes y vagos sentimientos que se agitan en esta alma

en embrión, como dijo uno de nuestros poetas. Son éstos, a la verdad, signos a veces inequívocos de las apremiantes necesidades que aparecen desde el primer momento de la lucha por la vida, y que sólo terminarán con la muerte; y si la imitación es obra de la memoria, la analogía es el anuncio del naciente razonamiento. Otro profundo avance en el lenguaje del niño, pues lo hace penetrar ya en el claro mundo de la razón y lo coloca a distancia infinita de los brutos, es el tránsito del nombre de las cosas a la angélica expresión del primer verbo. Y digo angélica, porque el verbo es la palabra insondable que en la unidad de la conciencia liga con lo pasado y lo futuro el rápido presente, que llega y huye y casi no existe y parece como una abstracción de nuestro espíritu, como el punto matemático. ¿Queréis oír lo que dice un poeta, aun desviando un instante el hilo de mi pensamiento?

Lo pasado no existe.... en lontananza

Lo pinta la memoria;

Tampoco lo futuro.... la esperanza

Traza falaz su historia.

Cierto es sólo el presente.... y en un lampo

Cae de la nada en el oscuro campo.

—La vida es conjunto

Una memoria....una esperanza.... un punto.

Por más que su gentil y atareada maestra le repita al niño los verbos en uso, él, con la lógica admirable del lenguaje, transformará en regulares los irregulares, cediendo siempre a la fecunda ley de la analogía, y de aquí proviene uno de los irresistibles atractivos de la lengua infantil. Decíanos há poco un erudito amigo nuestro cuán estimable sería la ventaja de que los varios idiomas no presentasen el grave inconveniente de los verbos irregulares, y nosotros le replicábamos que lo que consideramos como enojosas irregularidades, a más

de que le comunica exquisita variedad al lenguaje, son anomalías aparentes debidas al muy bajo punto de vista desde el cual las contemplamos; pero que colocados en una superior esfera filológica, esta irregularidad desaparecería en una armoniosa y profunda unidad. Y aquí una breve digresión y no importuna quizás, y es la de que con este fenómeno gramatical sucede lo que con los tremendos infortunios que abaten a las naciones, los cuales, por su desordenado empuje, parecen acusar falta de un sér providente en el gobierno de los sucesos humanos; no obstante, si nos fuese dado penetrar en los inexcrutables designios, veríamos que éstas para nosotros a manera de líneas sin trabazón ni concierto, son dechados perfectos en la mente del sublime operario del universo y del alma.

Con todo, de este confuso acervo de palabras sin forma precisa va saliendo y encaminándose a su perfección el expresivo y espontáneo vocabulario del niño, siempre bajo los blandos mimos de su profesora de gramática, quien, sin descuidar un momento su incesante labor intelectual, vigila, corrige y aclara la pronunciación de los vocablos, para que no pierdan nada de su precisión, propiedad y pureza. El oído desempeña en esa descuidada edad su más preciosa misión percibiendo con extrema agudeza la música de las sílabas, a fin de hacer más limpia y distinta la emisión de las palabras. Contienen éstas no sólo un elemento intelectual, sino un elemento musical, y por consiguiente la madre hace a la vez el oficio de maestra de canto y de profesora de psicología.

Ahora podemos comprender porqué a la lengua mamada con la leche la llamamos con muchísima razón la lengua materna. Es que ella es una parte de nosotros mismos; es que a ella amoldamos el giro propio de nuestras ideas y la expresión de nuestros más move-

dizos y ocultos sentimientos; ella traza nuestra arquitectura intelectual, afianza nuestros hábitos, vivifica nuestras creencias y nos comunica el tono y el timbre de voz que nos distingue, y de tal modo es para nosotros un inconsciente e instintivo medio de comunicación con nuestros semejantes, desde la primera palabra, que se nos escapa su apreciación crítica y analítica, y necesitamos el aprendizaje de una lengua extraña para llegar a comprender el colorido, la fuerza y hermosura de nuestra propia lengua.

Despidámonos ya de la risueña y acariciadora maestra de gramática que hemos venido estudiando hasta aquí: dejémosla que continúe ejerciendo su callado magisterio en la celestial citología que le prodigó la Providencia; es preciso que nos elevemos un poco más para encontrar otro gramático ni menos noble, ni menos útil, ni menos necesario: el maestro de escuela.

Un pequeño escalón hacia arriba separa a la madre del insigne gramático que acabo de mencionar, y sin embargo en la trayectoria de las ideas la distancia es enorme. Nuevo campo se abre al maestro para realizar su elevada y patriótica tarea, en orden al lenguaje. Por dondequiera que viajéis encontraréis a este humilde servidor público cumpliendo su gran misión de cultura, ora en la cabaña de entretejido techo de juncos, a la orilla de nuestros grandes ríos, ora en las heladas cumbres de los Andes, en donde fríos vientos agitan los mezquinos árboles que pueden vivir en las alturas, patria sólo del pardo frailejón y de moradas y enfermizas flores.

El maestro de escuela es el más saliente, o mejor dicho, el único gramático de la aldea. El, con el amor y la finura de un orfebre ignorado, comenzará a darles a conocer a sus discípulos el delicado y precioso manejo de esas transparentes joyas espirituales que se denominan las palabras. Estudiará en compañía de su pe-

queño, móvil y alegre auditorio, uno a uno todos sus componentes: las letras, las sílabas, el acento. Con aquellos sutiles elementos formará sencillas cadenas de armoniosas y sonoras frases, en las cuales vivirá oculto algún gran principio dirigente de la vida; y como filósofo y esteta desconocido hará notar la sin igual belleza, enlace y simetría de los pensamientos y las cláusulas. Personaje sin importancia para sus propios coterráneos, nadie apreciará qué tan fructuosa es su enseñanza gramatical, ni avalorará con equidad lo que pesa su oscura labor de obrero incansable en la lucidez y desarrollo de la inteligencia del niño.

Como no es sólo un simple gramático, sino también un retórico y un patriota, el más ardoroso del pobre villorrio cuyos pequeñuelos adctrina, los conocidos cantos de la nación le servirán de materia plástica para dictar sus lecciones. Estos cantos serán cartilla para el análisis gramatical, texto de gloriosa literatura y código sublime de ciudadanía. Este humilde gramático es el más firme centinela de la nacionalidad en cada comarca, y con su noble bandera de defensor, cultivador y guardador del lenguaje, se hace en todas partes la primera fortaleza de los patrios linderos.

La muerte sorprenderá al maestro de escuela en la silenciosa penuria en que ha vivido, muy cercana a la indigencia; y más tarde, apartando las zarzas que cubren las piedras que guardan su nombre, podremos decir con Gray:

Su altiva inspiración con ceño adusto
Heló la triste y mísera pobreza,
Y la suerte secó con sople injusto
El raudal que le dio naturaleza.

¿Pero creéis que el maestro de escuela de nuestros días que, como veis, es un modesto gramático, porque

pondera los vocablos, y un retórico a su modo, porque explica a los poetas, es el único a quien persigue y vence la dura suerte, y el solo hombre necesario a quien no comprenden sus conciudadanos? El mal parece principalmente de la raza latina; y si queréis trasladaros conmigo a la antigua Roma, encontraréis el mismo fenómeno, es decir, el maestro de primeras letras, el *litterator* o *ludimagister*, sufriendo las contrariedades de su mala estrella. Entre las familias patricias de Roma desempeñaba el grave oficio de gramático, para la enseñanza de las primeras nociones, algún esclavo de origen griego, muy estimado ciertamente por aquel entonces. Pero las personas que a tanto no alcanzaban para darse el exquisito gusto de un maestro esclavo, o liberto, tenían que enviar a sus hijos a la escuela pública. Una tela tendida entre dos columnas de un pórtico protegía el miserable recinto de la escuela, y adentro un hombre de rostro ovalado y severo y barba poblada e hirsuta, cubierto con una pequeña capa, dictaba sus lecciones a unos cuantos niños de largas túnicas, hasta los pies, entre libros viejos y figuras geométricas (1). Y entre tanto que afuera corrían las calles en opuestas direcciones, el ilustre patricio acompañado de sus numerosos clientes, camino del foro; los políticos en auge, rodeados de aduladores; los cónsules en su áurea litera precedida de los lictores, alzando las faces; o mientras las menesterosas y vagabundas gentes de Roma jugaban a la taba en las gradas de los pórticos, era el maestro de escuela, mejor dicho, el gramático, el único que estaba trabajando por reafirmar en el espíritu de su pequeño círculo el concepto de patria, el cual robustecía con la interpretación de los viejos poetas latinos.

(1) Gaston Boissier.

Orbilio, el maestro de Horacio, a quien el poeta, cruel en extremo, entreveía con terror en sus recuerdos dictándole los versos de Livio,

*Memimini quae plagosum mihi parvo
Orbilium dictitare....*

murió en un triste zaquizamí, olvidado de todos, no sin haberse quejado largamente, con profundo desconsuelo, de la ingratitud de los padres de familia; y el mismo san Agustín, no menos severo, lamentaba el tiempo perdido en la escuela con la lectura del episodio de Dido, en su trágico suicidio de amor, o con la pintura del incendio de Troya, o con el espectáculo de la fugitiva sombra de Creusa, todo lo cual le arrancaba las lágrimas al retórico de Tagaste.

Subamos ahora un instante más y arrojemos la luz de nuestro reflector sobre la figura del gramático en su genuina representación, para examinarlo con más claridad. Es bien entendido que aquí no tratamos de los profesores de gramática barata, que desde la remota aldea hasta las más populosas ciudades van enarbolando la palmeta inmisericorde contra los intonsos autorcillos de coplas y villancicos que pululan dondequiera. No tratamos tampoco de esos críticos atrabiliarios que andan con regla y compás en mano midiendo por milímetros las obras del genio, ni mucho menos de esos adustos eruditos que se empeñan en oponer millares de dificultades al legítimo uso neológico, como si se pudiera impedir que siga su curso necesario el torrente de una lengua.

El gramático que nos ocupa se paseó con el nombre de Platón por entre los peristilos de Atenas, y a través de sus bosquecillos de azahares; vino de Estagira con Aristóteles para dictar sus lecciones en aquella misma ciudad, con admiración de dialécticos y sofistas; llamóse

más tarde Apolonio de Alejandría, en época no menos célebre; acudió con Cicerón a los magnos debates del foro romano, en la edad a la vez más tormentosa y dramática de la historia, y estuvo con Julio César bajo las tiendas de Galia, donde se preparaba sus grandes triunfos políticos el octavo rey de Roma.

El gramático antiguo era siempre un personaje ilustre y acatado de todos. Solía invadir el campo más estrecho del retórico, y entre estos dos únicos directores espirituales de la juventud hubo necesidad de un acuerdo para señalar límites a sus respectivas artes y ciencias. No se contentaba el gramático con explicar los signos, las sílabas, la cantidad; la palabra misma es una música, y de la música de las palabras y las frases había que elevarse a las leyes generales de la armonía. Como su enseñanza comprendía también la interpretación de los poetas, era un crítico y un artista; la astronomía le era indispensable para glosar algunos autores y por consiguiente no era extraño a los ordenados movimientos de los astros, ni debían serle tampoco desconocidos los problemas filosóficos de las contrarias-escuelas que se dividían el mundo de la inteligencia; por lo cual su mente estaba nutrida con todos los preceptos del arte y con todas las máximas de la sabiduría.

Instalábanse los gramáticos en una ancha sala bajo los pórticos, y allí acudían numerosos discípulos a oír sus lecciones. Ya en el imperio romano disfrutaron de muy señaladas mercedes de los emperadores, y Julio César les concedió el derecho de ciudadanía no sólo a los geómetras y matemáticos, sino muy principalmente a los retóricos y gramáticos. Distinguíanse éstos por el encanto, gracia y sutileza de su conversación, y antes como ahora, frecuentaban las librerías y salas de lectura, en las cuales sorprendían a sus oyentes con

las maravillas de su talento y los primores de su ciencia. Los discípulos imitaban al maestro, y cuando vacaban a los estudios, agrupábanse a la sombra de los árboles o a las orillas del mar. Uno tomaba el libro y otro interpretaba; otros oían con suma atención, otros disputaban, y una corona de laurel era el premio del vencedor en ese risueño estadio de retóricos y gramáticos en cierne.

Inmensos fueron los servicios que le prestaron a la civilización los gramáticos y retóricos. Ellos, como emisarios de un concepto conservador y patriótico, mantuvieron en las generaciones nuevas el recuerdo de los inclitos sucesos de que se vanagloriaban Atenas y Roma; no dejaron olvidar con sus lecciones a los poetas y escritores que habían pulido y fijado la lengua patria; transmitieron inimitables modelos de belleza a otros hombres con otras ideas, y cuando enmudeció la arenga republicana en el foro y los comicios del imperio, impidieron que muriese la elocuencia, arte sin rival para ellos. Todavía merced a las escuelas de los gramáticos se guardaron como sagrado depósito las ideas eternas de derecho y justicia, y se le rindieron homenajes a la *prisca virtus* de las generaciones extinguidas.

Todos sabemos lo que fue en la Edad Media el famoso *trivium*, que con el *quadrivium* formaban todo el currículo de los estudios. Dos exámetros nos han conservado la síntesis de la educación medioeval:

Gram, loquitur—dia, vera docet—rhet, verba colorat.

Mas, canit—ar, numerat—geo, ponderat—ast, colit astra,

o más breve:

Lingua, tropus, ratio, numerus, tonus, angulus, astra.

Por ese tiempo el maestro de gramática no se envolvía en la toga romana, de ondulantes pliegues, ni

tampoco era un gárrulo liberto griego. Bajo la sotana del clérigo o el burdo hábito del monje era en donde se escondía el humilde gramático. Los tan sencillos como adustos bárbaros acudían a él, sedientos de ciencia, y no era raro ver a hirsutos príncipes y caballeros de la nobleza goda u ostrogoda cómo, tras conquistas y guerras sangrientas, se rendían a los pies del sabio y escondido monje, y después de haber oído las lecciones de la doctrina cristiana, código de letras divinas, solicitaban con humildad verdadera se les iniciase también en el conocimiento de las letras humanas.

¿Pero cuál es éste a quien en los modernos tiempos se le señala y nombra con el despectivo título de gramático? Sus antepasados vistieron, como dije, unos la clámide, otros el tosco sayal, y no es posible que su linaje haya bastardeado tanto de su nobleza que ya no se le conozca entre la muchedumbre de políticos, sabios y doctores que andan de aquí para allá en todos los populosos centros de grande actividad intelectual y artística. Bien puede suceder que su misión no sea la misma, ni que tampoco tenga la importancia de lejanos tiempos; pero es preciso inquirir si existe y averiguar cómo y en qué forma desempeña su tarea.

Desde luego es claro que en el inusitado avance de las ciencias modernas es imposible que un hombre, por robusta que tenga su constitución mental, llegue a abarcar en todo su espléndido conjunto siquiera un solo dominio del saber humano. A medida que un brazo de la ciencia crece y se explaya, como la corriente de un río, otros brazos se abren, bifurcan y trifurcan, y en tanto que un misterio de las cosas se aclara, nuevos y profundos misterios hacen vacilar el entendimiento humano. Ya no es, pues, posible, como en los tiempos antiguos en que todos los conocimientos se reducían a una sencilla síntesis, que un mismo individuo dirija

una nave a través de sirtes y escollos, desarrolle el arte agudísimo de la estrategia, dicte lecciones de elocuencia y filosofía en el ágora, y al propio tiempo les señale certero rumbo a los negocios del estado. En los tiempos presentes se hacen apremiantes las especialidades, y dentro de un género de especialidad caben muchísimas especies, sin llegar casi nunca a los últimos y definitivos desarrollos. No se crea por esto, sin embargo, que es muy estrecho el campo a que extiende hoy sus investigaciones el gramático.

El estudio de una lengua supone y necesita el conocimiento de otras lenguas de la misma rama, porque en estas materias no se puede proceder sino por comparación y análisis, y de aquí la gramática comparativa de las lenguas; pero ante todo urge que el profesor de gramática haya penetrado bien hondo en las leyes que rigen las misteriosas operaciones de la inteligencia. En punto al lenguaje se topan, en las más altas cimas, el filósofo y el psicólogo, y si el uno persigue el origen de nuestras ideas y la oscura urdimbre de nuestros juicios, el otro rastrea los más tenues movimientos de las facultades del alma.

Los simples elementos formales de un idioma, es decir, sus fenómenos particulares, reducidos a grupos o reglas, apenas constituyen el arte gramatical. Para que sea una ciencia la gramática, precisa que dé cabal explicación de todos los hechos del lenguaje, ante la filosofía, que es la cátedra de las razones últimas. Pero medrados quedarían los que pensarán que las reglas de la gramática son formas inmutables a que hay que someter nuestros pensamientos en todas las épocas; las meras reglas dependen del uso en general, y el uso suele ser vario, mudable y despótico. Sólo son uniformes y constantes las leyes de la razón, y ellas abrazan a todas las lenguas con lazo común e indisoluble.

Más importante es todavía la gramática histórica, la cual, a semejanza de las capas geológicas, páginas oscuras de la historia de la tierra, muestra a través de los arcaísmos, mudas y a veces ininteligibles dicciones, los diversos períodos de formación porque ha pasado una lengua. Suele ésta, en su constante curso, dejar aquí y allá, como a su orilla las hojas que conduce un torrente, cadáveres de palabras cuyo origen el filólogo inquiere, aclara y analiza, y a veces en ellos, ora completos, ora fragmentarios, descubre el hilo de mitos extraños que fueron en tiempos distantes bases inmutables de creencias desaparecidas.

Una lengua viva, objeto de la gramática, hija de la inducción, es, por el contrario, el concertado organismo que exhibe las palabras y las frases en feliz y constante movimiento, rebosando juventud y provocando la actividad del entendimiento a la realización de duraderas concepciones. En una lengua viva todo canta, todo palpita, todo fluye, y a modo de flores diversas en el fondo de un caleidoscopio, a cada sacudida del alma, por obra de la imaginación, van apareciendo nuevas y sorprendentes combinaciones de inesperados y sonoros giros.

Las mismas figuras gramaticales y retóricas no son invenciones arbitrarias, sino que tienen adecuada explicación psicológica. En el habla se reflejan todas las íntimas convulsiones del espíritu; y cuando en éste hay sosiego, las ideas se presentan en el discurso como los soldados de un regimiento que maniobra en orden, libre de los sacudimientos de la guerra; pero cuando una violenta pasión se apodera de nuestro ánimo, las ideas se entrecruzan como fúlgidos rayos, y entonces el hipébaton y la histerología producen súbita irrupción en el lenguaje.

Se ha dicho que la gramática es el arte de hablar y escribir correctamente. Esta definición, no obstante, sólo es aplicable en rigor al concepto antiguo de la gramática, cuando ella abrazaba todo un homogéneo ciclo de cultura literaria. Y si la gramática es un arte, ¿a qué clase de arte pertenece? ¿Se refiere a las artes dichas liberales y queda incluida en las artes de imitación, como la pintura y la escultura, o en las simbólicas, como la arquitectura y la música, o en el arte trascendental y divino de la poesía? ¿O es un arte no liberal, sino servil, para valernos de la antigua distinción, es decir, es sólo el conjunto de reglas para hacer bien una cosa? ¿Se propone, como las meras artes mecánicas, nada más que la simple utilidad? Es cierto que la gramática persigue un fin útil, y en esto se aparta de las bellas artes. Pero atendiendo a la materia de que se vale para realizar su fin, tenemos que dirimir una difícil contienda, pues si el carpintero transforma el negro nogal en artefacto de insuperable labor, y si el herrero modela el hierro al rojo fuego de su fragua, el gramático estudia nada menos que la palabra, que es el elemento ideal por excelencia; y fuese que el hombre hubiera llegado a ella, lo que parece imposible, con la sola naturaleza por nodriza, o fuese que Dios, como los pensadores cristianos opinan, se la hubiera comunicado al hombre recién salido de sus manos, con plenitud de amor, ello es que ni debajo del cielo ni en el universo entero, hay dón más alto ni precioso que la palabra, porque enlaza a los hombres en la tierra con fraternal y estrecha unión, y es la única manera que tenemos para entendernos con las naturalezas angélicas y con la misma Divinidad, que es el Verbo Supremo.

Toca también al gramático y al filósofo inquirir cómo se forman las ideas que fecundan las palabras,

en su más sublime expresión. Oigamos la doctrina de la escuela sobre tan maravilloso problema: los sentidos perciben los cuerpos directa e indirectamente; la imaginación, en ausencia de éstos, reproduce sus imágenes, las combina y forja nuevas imágenes comunes, con caracteres aún materiales, que se extienden a varios individuos. Estas imágenes, sin embargo, son, como la sensación externa, concretas y singulares todavía, con notas de lugar y de tiempo. Representase en seguida el entendimiento la cosa despojada de las notas determinantes que la individualizan, y la cosa pensada, sin atender a cantidad, cualidad, momento y lugar, es lo que los modernos filósofos denominan abstracción, o producto del entendimiento agente, que dijeron los antiguos. Los escolásticos la llamaban también *especie inteligible impresa*, a la cual no consideraban de suyo universal, aunque podía llegar a serlo. Verifícase esta operación cuando el entendimiento reflexionando sobre este producto abstracto lo relaciona con un indefinido número de sujetos individuales. La *universalidad*, que consiste en la aplicación del objeto abstracto a cualquier sujeto concreto, está en potencia en las cosas y el entendimiento las pone en acto. Por último, el objeto abstracto, en toda su universalidad, determina la acción del entendimiento posible, que lo contempla como representación de la cosa, esto es, la *especie inteligible expresa*, tipo ideal de ella. Es entonces cuando el entendimiento, como en una conversación interior, se declara a sí mismo su concepto, y pronuncia para sí el *verbo mental*, coronamiento de la intelección, la cual baña todo en viva luz y es un reflejo del entendimiento divino.

Tal es la complicadísima enseñanza de la escuela a lo que a mí se me alcanza. Algunos filósofos, como Balmes, la consideran más que ingeniosa, profunda y

brillante. Lo cierto es que apenas nos formamos ideas universales y abstractas de los seres, cuando ascendemos a distancia casi infinita sobre los animales privados de razón. Es que tan pronto como penetramos en las regiones supremas de tales ideas, puede decirse que en nosotros mismos, en el fondo de nuestra conciencia, llevamos ya algo de inmortal y eterno; y si somos en la tierra criaturas efímeras, que mañana llevará al sepulcro una ráfaga leve; si todos nuestros anhelos y ambiciones irán cayendo unos en pos de otros en un fondo oscuro de invencible desesperanza, algo hay también que nos anuncia que más allá de los aledaños de la muerte principia la vida verdadera, en donde acaban los dominios de lo contingente y relativo.

El lenguaje es el órgano de la inteligencia, considerada como la impresión de la luz divina en nosotros, y es forzoso admitir su celestial origen. ¿Pero censuraréis que en el siglo de la mecánica y la química, en que el hombre viaja por las antes incógnitas profundidades del océano y se mece como el águila en el dilatado espacio, haya invocado yo las doctrinas escolásticas por simples cuestiones gramaticales? Ojalá me fuera dado pasear por los vergeles de Platón, de la mano del obispo de Hipona y el doctor Seráfico, o penetrar en el sereno templo de Aristóteles, guiado por el doctor de Aquino; que así a mi débil y rudo intelecto le sería posible adivinar mundos y cielos que no conoce, y podría columbrar algo de esa pura verdad que no declina, ni tiene oriente ni ocaso, y brilla y deslumbra como en un cenit perenne.

Como nuestro entendimiento es limitado, formamos de la muchedumbre de los antes creados inmensas jerarquías de ideas, a las cuales corresponden innúmeras palabras. En el hombre inteligente la comprensión de las ideas irá disminuyendo en la misma medida en que

aumenta su extensión, es decir, tendrá menos ideas, pero mucho más sintéticas; a las más encumbradas inteligencias angélicas les bastarán muy pocas ideas, y así hasta ascender a Dios, que lo ve todo en una sola idea y es una sola divina palabra.

¿Y qué cosa son, en resumen, los sonidos articulados, es decir, la palabra, este admirable y portentoso símbolo de las ideas, objeto de los desvelos del gramático? Un simple airecillo arrojado de los pulmones a la boca. ¿Quién no ha pensado en este profundo misterio de la palabra? ¿Quién no se ha maravillado de este sencillo fenómeno fisiológico que tan grandes revoluciones causa en el mísero globo que habitamos? Más poderosa que todas las máquinas de guerra, levanta y destruye imperios; sin cesar un momento en su obra, hace surgir a cada instante en lo más profundo de nuestra conciencia arquitecturas espirituales de inefable belleza, o hunde en otro instante nuestras más queridas construcciones ideales, sin dejar huella alguna. Una sola palabra ha constituido la clave de una vida, la fórmula de un descubrimiento, un hallazgo de la ciencia, un dón del arte, la congoja de toda una existencia. Todas las súbitas conversiones se deben a una palabra. Una sola palabra oportuna ha bastado para que un hombre de cuna real, varonil hermosura y rica hacienda se haya despojado de sus lucientes vestiduras, haya roto su espada de áurea empuñadura y vistiendo mísero sayal, con un bordón en la mano y una maleta a la espalda haya encaminado sus pasos a regiones desconocidas, como inerme soldado de la república de Cristo. Una palabra, todavía una mera palabra funesta, suele ser un suplicio para el alma. Durante las diarias ocupaciones surgirá del fondo oscuro de los recuerdos viva, ardiente, cortadora; hará su aparición un rápido momento en el espíritu y volverá a

hundirse en el turbión de nuestras sensaciones. Apenas hayamos puesto nuestra sien ardorosa en la almohada, cuando volverá a levantarse otra vez, revolviendo todas las más profundas capas de la conciencia; turbará nuestros sueños durante la noche, y terrible e implacable nos amenazará con el alba. Estas palabras suenan bajo la bóveda de nuestra cabeza como una sorda borrasca, y será preciso capitular con el cruel enemigo. Entonces o se derretirá nuestro corazón en lágrimas ocultas de intensa amargura, o la ira estallará arrollándolo todo como las llamas de un incendio.

¿Y qué cosa es la fama, sino una palabra de gloria o de baldón que vuela de labio en labio? Brota de súbito, a veces sin saberse por qué, de un corazón enojado, a manera de la chispa de una fragua, y despliega sus ligeras y móviles alas en todas direcciones. Sorprende al obrero en su taller, y lo turba en su trabajo; penetra en la cabaña del labriego, y le arruga la frente; se desliza en el estudio del sabio o el artista, y le sacude con fuerza; sorprende en su tocador a la tímida doncella, y la deja pensativa; gira por todas las encrucijadas de la ciudad; trepa a todas las cumbres, y descende a las hondonadas y los valles; a dondequiera que aliente un solo hombre extiende su rápido influjo, y en un corto tiempo suele remover y agitar inmensas masas humanas que se amontonan como las olas de un mar tempestuoso, que vencen todos los diques sociales, que destruyen cuanto bienestar y riqueza había traído la paz en su carro de flores, y en donde antes se ostentaban florecientes ciudades, sólo se ve después algún distraído caminante que observa quizás sin asombro la general catástrofe.

Se dice que el silencio es más elocuente que la palabra y que el silencio es oro, y con esto se quiere decir que la palabra oculta en el misterio del alma

tiene un valor tan grande como el del precioso metal. ¿No véis cómo el poeta anda distraído de aquí para allá; mira sin ver, escucha sin oír y parece como si no tuviera nada que hacer con el mundo exterior? Es que su cráneo es una caja acústica de sonoridad perfecta, en que las palabras se mueven, danzan y entrecruzan con música inefable; vibran a compás de su timbre, su tono y su ritmo incesante, y las estrofas cantan su canción insondable adentro, bien adentro, en las profundidades del espíritu. El orador antes de pronunciar su discurso se ha estremecido y deleitado con las amplias cláusulas y nobles períodos que en ondas concéntricas se dilatan en su interior, y no hay palabras como las palabras que nosotros mismos nos decimos en noches de recogimiento. Leer un libro es escuchar a su autor, se ha dicho, y por eso no hay encanto alguno como el de leer en silencio, porque el libro, como el maestro de una orquesta invisible, hace que oigamos todos los motivos de una sinfonía sin nombre.

¡Tú, oh Señor, eres el divino Gramático que ha concertado estos mundos celestes, que son tus palabras! Tú, según los poetas, que son tus intérpretes, hablas en la ola que salta convertida en cristales contra la roca solitaria, en los arpegios de las aves, enseñados por Tí, en el arroyo que tararea no sé qué letrilla en las soledades de la selva, en los giros rumorosos de la fugaz libélula que bate sus transparentes alas en el aire! Tus palabras son los más hondos sollozos del pecho humano y las más ingenuas risas de los niños! Tus palabras son las que hablan de día y de noche a nuestro corazón: las que con eslabones de perlas y corales enlazan nuestros juicios, y las que hacen irradiar lumbre inmortal en el entendimiento; y al hablar de los hechizos y maravillas del lenguaje, sería ingratitud

no hablar de Tí, oh Señor, que eres el artífice de tan espiritual, diáfana y prodigiosa fábrica!

Ya veis, señores académicos, cómo en busca del gramático hemos ascendido desde la cuna en donde duerme el niño hasta el pie de la cima inaccesible en donde se muestra a nuestra inteligencia el Sér Supremo. Hemos encontrado al gramático en la humilde escuela de primeras letras y hemos llegado hasta el *verbo mental*, altísima cumbre de la filosofía. No me negaréis, señores académicos, que el gramático ejerce en todas las épocas y en todos los puntos del globo una desinteresada tarea de cultura y patriotismo dignos de encomio y honor. Agregad a esto que en nuestra Patria los gramáticos han trazado muy bellas páginas de nuestra historia. Considerad que otro abogado más diestro que yo hubiera hecho del gramático una defensa a la altura de tan importante personaje. Modificad, pues, vuestro clarísimo juicio en favor de mi defendido y perdonadme a mí el largo uso que he hecho de vuestra benevolencia.

He dicho.

DISCURSO

DEL DOCTOR JOSE JOAQUIN CASAS

Señores académicos:

Con verdadero regocijo, con efusión del alma desempeño el encargo, por mí mismo a impulsos de vieja amistad solicitado, de presentar el saludo de bienvenida a don Luis María Mora el día en que viene a sentarse entre nosotros llenando la vacante del inolvidable secretario perpetuo de la Academia Colombiana don Diego Rafael de Guzmán, el caballero andante de la noble lengua castellana en nuestra patria.